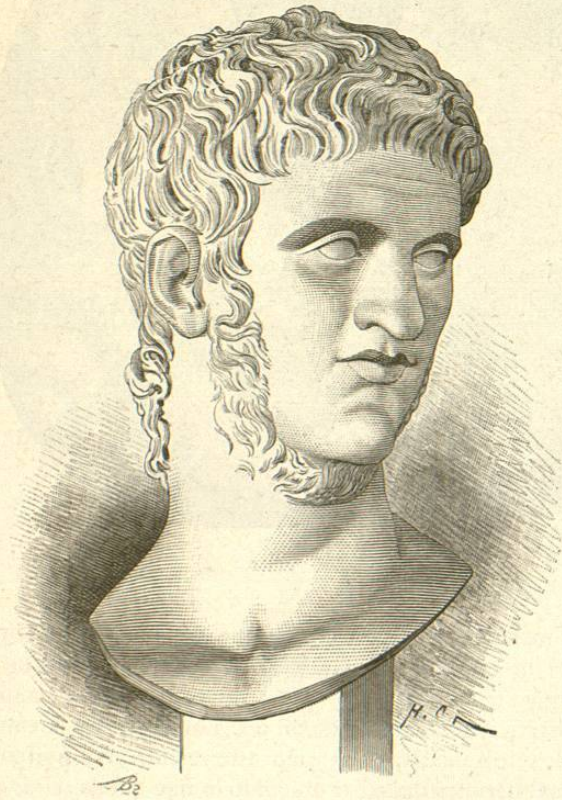


las revistas de las tropas en traje militar y presidir los espectáculos romanos (1).

El senado le había concedido el privilegio de subir al Capitolio en la litera en que se llevaban las cosas santas, y el derecho que había tenido Livia de asociar su busto con el del emperador en la moneda. Fué la primera, la única mujer que se atreviera á fundar una colonia con los ritos consagrados, y aquella fundación subsiste todavía, Colonia: era, puede decirse, menos la esposa, que el colega del emperador.

Su primer acto fué anular los esponsales de Octavia con Silano, que considerando este rompimiento como un decreto de muerte, se suicidó el mismo día de las nupcias imperiales; y en seguida ligó con otros esponsales á Octavia con



Nerón, joven (2)

su hijo Domicio (49). Para darle algo de la popularidad que gozaba un escritor célebre por sus talentos y desgracias, puso á su lado, con carácter de preceptor, á Séneca, cuyo destierro levantó, dándole además la dignidad de pretor.

El año siguiente, Palas arrancó á Claudio con el ejemplo de Augusto y de Tiberio, la adopción de Domicio, bien que sólo tuviera éste dos años más que Británico, el hijo del emperador. El nuevo príncipe imperial tomó desde aquel día un nombre que hizo tristemente célebre, el nombre de Nerón; y muy luego fué rodeado de los honores que mostraban en él al heredero del imperio. Se le concedió el consulado para cuando cumpliera veinte años, y mientras tanto, fué cónsul designado ó electo, príncipe de la juventud y tuvo fuera de Roma el poder proconsular. En su nombre se distribuyeron donativos á los soldados y un congiario al pueblo, y su madre que no perdía ninguna ocasión de presentarlo en público como el sucesor natural de Claudio, le hizo dar juegos magníficos, y cuando obtuvo la pretura, un combate de gladiadores.

(1) Tácito, *Ann.* XII, 37: *feminam signis Romanis presidere; ipsa semet parti a majoribus suis imperii sociam ferebat. — Nos vidimus... indutam paludamento* (Plinio, XXXIII, 19; Dion, LX, 32).

(2) Busto del Capitolio, sala de los Emperadores, núm. 15.

Lo hizo nombrar también abogado de las provincias; y el año 52, peroró en griego solicitando del senado gracias en favor de Ilión, de Rodas y Apamea, y en latín, pidiendo auxilios para Bolonia (3).

En cuanto á Claudio, olvidando su propia sangre, lo dejaba pasar todo. En los juegos del Circo, donde se presentó Nerón con la toga triunfal, Británico sólo vestía la pretexto: poco á poco fueron alejados sus partidarios, y por una palabra en que Agripina quiso ver algo depresivo para su hijo, se expulsó á sus libertos y esclavos y hasta se dió muerte á sus mayordomos. Los dos prefectos del pretorio pasaban por serle afectos, y fueron sustituidos por Burro, bravo soldado y ministro consagrado al bien público, pero que, al aceptar este cargo de manos de Agripina, aceptaba también el compromiso de servir los intereses de su hijo en perjuicio de los de Británico, aislado ahora y como prisionero en la casa misma de su padre.

Una venganza de mujer, la muerte de Lolía Paulina, que se había atrevido á disputarle á Agripina la mano de Claudio, y el destierro de Calpurnia, cuya belleza hubo de alabar un día el emperador, causó muy poco asombro, á pesar de un repugnante detalle conservado por Dion: Agripina ordenó que se le llevara la cabeza de Lolía, y desconociendo sus facciones desfiguradas por la muerte, le abrió ella misma la boca para cerciorarse por los dientes de que era realmente la cabeza de su rival.

Una acusación intentada contra el procónsul de Africa Estatilio Tauro so pretexto de concusiones hizo más ruido é hizo recobrar al senado momentáneo valor. Estatilio poseía inmensas riquezas; este era su único crimen; y como tantos otros se dió la muerte antes del juicio. A pesar de las instancias de Agripina, el senado declaró la acusación calumniosa y expulsó de su seno al delator. Otro senador había sido también expulsado por una delación contra Vitelio.

Entre tanto iba creciendo Británico y era de temer un movimiento de ternura en el corazón del viejo príncipe. Algunas amenazas se le habían escapado en la embriaguez, y Narciso no ocultaba ya que era necesaria otra catástrofe: lisonjeaba á Británico y pedía á los dioses que abreviaran su adolescencia para que pudiera expulsar á los enemigos de su padre.

Por desgracia cayó enfermo, y para restablecerse tuvo que ir á tomar las aguas de Sinuesa. No protegiendo ya su vigilante fidelidad la vida del emperador, se resolvió Agripina á poner término á sus ansiedades. Habíase preparado recientemente á este último crimen haciendo morir á su cuñada Domicia Lépidia, tía de Nerón, la cual le disputaba el corazón de su hijo. Dirigióse á Locusta, envenenadora de profesión, recién condenada por uno de los crímenes en que era tan hábil, y añade Tácito, que se conservaba como un instrumento necesario de la política imperial. Locusta recibió pues el encargo de preparar un manjar del gusto de Claudio. No habiendo podido retener el veneno el estómago por demás cargado, un médico, á pretexto de facilitar los vómitos, introdujo en la garganta del príncipe una pluma impregnada de un sutil veneno (13 oct. 54).

Pero el asesinato se consumó antes de la hora fijada por los astrólogos como la más favorable al nuevo príncipe. Con esto se cerraron todas las puertas y se corrió la voz de que el enfermo estaba mejor. Bien muerto estaba ya y todavía el senado, los cónsules y los pontífices hacían votos

(3) Tácito, *Ann.* XII, 8. El casamiento de Octavia con Domicio no se celebró hasta después de la adopción de éste por Claudio, y entonces, para que no se casara con su hermana, se hizo pasar á Octavia á una casa extraña (Dion, LX, 33).

por su salud en los templos, y se llamaban histriones para distraerlo.

En el palacio se preparaba todo, entre tanto, para asegurar el imperio á Nerón. Agripina tenía abrazado á Británico fingiendo dolor profundo, llamábalo la viva imagen de su padre, y con pérfidas caricias lo detenía á su lado con sus hermanas Octavia y Antonia. Por último á cosa del medio día se abrieron de pronto las puertas del palacio y Burro presentó á Nerón á la cohorte de guardia, que á una señal de su prefecto lo recibió con aclamaciones. Algunos soldados, sin embargo, hubieron de preguntar con insistencia á dónde estaba Británico; pero no encontrando eco sus palabras, siguieron el movimiento.

Nerón se personó luego en el campamento de los pretorianos, á los cuales arengó, prometiéndoles la misma gratificación que Claudio les diera á su advenimiento, y los soldados ratificaron el tráfico proclamándolo emperador. El senado vino después y sancionó la decisión de los soldados, y las provincias, en fin, aceptaron sin inconveniente ni vacilación al nuevo príncipe. En presencia de la activa y tremenda emperatriz, á quien el palacio y el senado y el ejército y todos obedecían, nadie era osado á pronunciar siquiera el nombre del desgraciado príncipe á quien, al parecer, hasta su mismo padre había olvidado. Narciso, su único valedor, recibió orden de suicidarse. Y otro personaje, de nombre Silano, descendiente de los Césares, que si no ahora, andando el tiempo hubiera podido abrigar ambiciosas pretensiones, no recibió orden ninguna, pero sí, inadvertida y pérfida, una dosis de veneno. Agripina misma, astuta y cauta como una serpiente, había ordenado estas ejecuciones para que no encontrara su hijo tropiezo ninguno en el camino, abierto ya por un parricidio.

Habíase dado muerte á Claudio; pero no era esto una razón para no hacer de él un dios, y se le concedieron los honores divinos (1). Este decreto del senado no era otra cosa, en realidad, que el compromiso oficialmente aceptado de no inquietar á nadie por cosas del anterior reinado, como quiera que se declaraba por tan solemne manera que se ratificaban todos los actos del príncipe muerto y se mantendría su nombre en la lista de los emperadores.

Sin embargo, Séneca vengó á la conciencia pública con un libelo muy injurioso para el nuevo dios y para sus colegas en divinidad (2). Es un curioso testimonio de los verdaderos sentimientos que se ocultaban bajo la hipocresía de la religión y de la política oficiales.

He aquí un resumen:

«Voy á contar á nuestros nietos lo que se hizo en el cielo antes del tercer día de los idus de octubre. Si tenéis curiosidad de saber quién me ha contado á mí esta verídica historia, preguntádselo al que vió á Drusila subir al cielo. Es inspector de la vía Apia por donde, como sabemos, el divino Augusto y Tiberio César, divino también, se fueron á la mansión de los dioses. El mismo os dirá que vió á Claudio seguir el mismo camino, aunque con paso desigual.

»Erase la hora del medio día: Claudio comenzaba á empujar su alma afuera, sin poder encontrar una salida en aquel contrahecho cuerpo. Mercurio que siempre se había divertido á costa de aquella faceciosa criatura, tomó aparte á una de las Parcas y le dijo:—¿Cómo puede ser una mujer tan cruel que pueda ver impasible á un miserable en

(1) Tuvo un templo, sacrificios y sacerdotes, *sodales augustales*; y Agripina fué también, como lo fuera Livia, sacerdotisa del nuevo dios: tuvo el *flaminium claudiale* (Borghesi, *Obras*, V, 202).

(2) *La Apokolokyntosis*. Por lo demás, el texto muy incompleto de esta sátira no contiene la metamorfosis que anuncia el título.

semejantes tormentos? Pronto hará sesenta y cuatro años que está en pugna con su alma y aun no sabe siquiera si ha vivido. ¿Qué esperas para cumplir tu oficio?—La Parca se decide á cortar el hilo liado á un vil huso: Claudio vomita su espíritu y cesa en fin, no de vivir, sino de parecer vivo.

»No habréis olvidado lo que pasó entonces en la tierra y bien os acordaréis de cómo fué todo regocijo público. En el cielo se hizo saber á Júpiter que acababa de llegar un quidam de talla regular, pelo blanco, cabeza temblona, pies no más firmes y en los labios cierta expresión de amenaza. Interrogado sobre su país, contesta con voz balbuciente que es tan romano como griego, es decir que no es griego ni



Agripina (3)

romano. Poco al corriente de las cosas de este mundo el Padre de los dioses, no reconoce al recién llegado, ni puede venir en conocimiento de la nación á que pertenece, y para salir del embarazo llama á Hércules, que habiendo recorrido toda la tierra, debe conocer los pueblos todos.

»Pero cuando el héroe vió aquella extraña cara y aquel vacilante y torpe andar, cuando oyó aquella voz que no se asemejaba á la de ningún animal de la tierra, él que no había temblado ante los monstruos de Juno, hubo de turbarse creyendo que se le venía encima el décimotercer trabajo. No embargante, mirándolo más despacio reconoció á la postre algo como un hombre y le preguntó en griego de dónde salía. Claudio se da el parabién, muy contento de encontrar un filólogo y una ocasión tan oportuna de colocar sus historias. Hércules, que no comprende bien lo que el otro le cuenta, teme que el loco le juegue una mala partida; pero al fin se tranquiliza, y como después de todo es un bueno de dios, se hubiera dejado engañar, á no ser por la

(3) Busto del Capitolio, *ibid.* núm. 14.

Fiebre, única de todas las divinidades de Roma, que había dado cortejo á Claudio.

» — Tú, le dijo, que has visitado más países que el más infatigable muletero, bien sabrás que hay lioneses. Pues bien, este hombre es del municipio de Planco, es un galo, un franco-galo. — Sobre esto, enojado y aun furioso Claudio, ordena y manda que se lleve á la Fiebre al suplicio. Pero, á ver cómo lo desatataban y burlaban todos los circunstantes, hubiérase dicho que eran sus libertos.

» Sin embargo, se congrega el olímpico senado y...» Mutuada la obra en este punto, no nos permite asistir sino al final de la sesión, en el momento en que el *padre Jano*, jovial frecuentador del Foro, toma la palabra. Jano da á entender que en otro tiempo era una gran cosa ser dios, pero que ya, por el abuso de conceder tan alto honor, se hacía un dios de cualquier cosa, habiendo así venido á menos la divinidad. Con esto vota porque no se hagan ya más dioses, y propone que el primero que, hecho dios en la tierra, de barro ó de bronce, llegue al Olimpo, sea pasado por las varas.

Júpiter es de otra opinión. «Importa á nuestra república, dice, que no sea Rómulo el único que saboree la dulce ambrosía. Voto, pues, por que el divino Claudio conserve su divinidad y por que se añada esta maravilla á las *Metamorfosis* de Ovidio.»

Las opiniones estaban muy divididas. Hércules, ganado ya á la causa de Claudio, iba de aquí para allá como si fuera un senador romano, diciendo para granjearse voluntades: «No me desairéis; tengo mucho interés en el negocio, y os prometo estar á la recíproca, cuando para otro negocio de vuestro interés, me necesitéis vosotros.»

«En esto se levanta el divino Augusto y por la primera vez desde que está en el cielo hace oír su noble facundia. Refiere los asesinatos de Claudio ordenados sin haber oído á las víctimas. Esto, dice, no se hace en el cielo. Ved al mismo Júpiter: bien le rompió una pierna á Vulcano, arrojándolo de lo alto del Olimpo y suspendió de los pies á su mujer un día en que estaba enojado; pero no mató jamás á nadie, á pesar de hacer tanto tiempo que reina. En verdad si continuáis haciendo dioses semejantes, nadie va á creer ya en los dioses.

» Esta opinión prevaleció contra todas. Mercurio agarró entonces á Claudio por la nuca y fué con él camino del infierno. De paso vieron en la vía *Sacra* una ceremonia de funerales, y como en ella no se habían omitido gastos, claro era que se trataba de un dios. Allí fué donde Claudio acabó de comprender que estaba realmente muerto. Nar-

ciso se apresuró á recibirlo y precediéndolo gritaba como un heraldo: «¡Claudio, Claudio llega!»

» Luego al punto acudió la multitud de sus víctimas, batiendo palmas y cantando el himno de los sacerdotes de Apis: «¡Lo hemos encontrado! ¡Lo hemos encontrado! ¡Alegraos!» Claudio por demás sorprendido, les pregunta por qué casualidad están allí reunidos todos sus deudos, amigos y conocidos. «Tú, asesino, tú eres quien aquí nos ha enviado,» le contesta Pompeyo, á quien Claudio había devuelto su nombre de *Magno*, pero cuya cabeza le había quitado.

» Y lo arrastran ante Eaco, quien lo condena sin oírlo diciéndole: «Sufrir lo que has hecho sufrir tú á los demás.» Claudio encuentra injusto el procedimiento, pero no nuevo, pues ya lo conocía él de más. Cuando se trató de imponerle la condigna pena, unos proponían que ocupara el lugar de Tántalo, otros el de Sísifo, otros el de Ixión.

» Pero Eaco dijo que, dando la licencia á aquellos veteranos del infierno, se dejaría á Claudio la esperanza de obtenerla también más ó menos remota, y condenó al imbécil y ávido vejete á perseguir un logro que huirá de él eternamente, á jugar por siempre jamás á los dados con un cubilete sin fondo.

» Ya empezaba á jugar el nuevo hijo de Danao procurando coger los fugitivos dados con sus trémulas y crispadas manos, cuando aparece Calígula y lo reclama como esclavo suyo, produciendo testigos que declaran bajo juramento haberlo visto como amo de Claudio, azotarlo con unas correas. En virtud de esta prueba, reivindica sus derechos, apoderándose de su esclavo y entregándolo á sus libertos, que obligan al César de los procedimientos á arrastrar perpetuamente cargas de procesos.»

Este libelo mitológico hubo de parecer al pueblo, ó más bien á los cortesanos del nuevo reinado, faltar de conclusión y de audacia, y suplieron la falta sustituyendo el suplicio del emperador contrahecho con una más graciosa metamorfosis, es, decir transformando á Claudio en una calabaza.

Claudio merecía acaso esta oración fúnebre que entrega á la burla así á los señores del cielo, como á los de la tierra; pero no tocaba escribirla al lisonjero de Claudio (1). Sin embargo, no estoy cierto de que Horacio y aun el mismo Augusto no se hubieran reído en secreto de esta impertinente contestación al *Carmen seculare* del año 17 a. de J. C. A sesenta y tres años de distancia, era sin duda la misma sociedad, pero el filósofo satírico le quitaba la máscara que el primer emperador y su laureado poeta habían procurado ponerle.

CAPITULO LXXV

NERÓN (2) (13 OCT. 54—9 JUNIO 68)

I. — QUINQUENNIO NERONIS.

Augusto no se había atrevido á establecer el derecho hereditario ni el principio mejor de la adopción. Era, sin embargo, inevitable, ya que toda autoridad se remitía al príncipe, que en una ú otra forma, entrara en los espíritus esta idea de la trasmisión hereditaria para pasar luego á las costumbres. Prodióse, en efecto, pero de una manera indirecta y bastarda como todo lo que provenía de aquella constitución hipócrita; de modo que hemos llegado al quinto emperador sin haber visto aún una sucesión natural ó

una adopción determinada por razones de Estado. Bien recurren los Césares á la adopción, aun teniendo legítimos descendientes, lo cual sería loable, si la inspiración del interés público designara las personas; pero la elección se hace al azar, según place á las gentes de palacio ó á los

(1) *Cons. ad Polyb.* 26, 31, 32. El *Ludus de morte Claudii*, vulgo *Apokolokyntosis*, es una sátira Menipea, mezcla de prosa y verso; tales anapestos son elegantes y vivos y, cosa singular, recuerdan en su corte ciertos himnos de la Iglesia.

(2) El nombre oficial de Nerón en inscripciones y medallas es *Nero Claudius Caesar Augustus Germanicus*.

soldados de las guardias: los unos quieren un príncipe que conducir, los otros un emperador que poner á precio; y para esto, todos son buenos, niño ó anciano, pedante imbecil como Claudio, ó histrión feroz y horroroso como Nerón.

El nuevo señor del mundo apenas tenía diez y siete años (1); era de la gens Domicia y de la rama que llamaban *de la barba de bronce*. Todas las nobles familias romanas pretendían haber tenido alguna relación con los dioses, y los Enobarbos referían que los Dioscuros habían encargado á uno de sus antepasados comunicar al senado la victoria del lago Regilo, y que en prueba de su divinidad habían tocado su barba, que instantáneamente dejó su negro color y tomó el amarillo cobrizo.

Esta particularidad fisonómica permaneció en la familia; pero tenía otra condición también característica: era una raza dura y violenta; «cabezas de hierro y corazón de plomo,» decía Craso. El padre de Nerón hubo de matar á un liberto, porque no quiso beber hasta la embriaguez, como Enobarbo quería; en la vía Apia había atropellado adrede á un niño, aplastándolo bajo los piés de su caballo, y en pleno foro saltó un ojo á un caballero, sólo porque se atrevió á contradecirle.

El hijo fué digno del padre: era de genio hipócrita, cobarde y malvado, bien dispuesto por consiguiente para los crímenes ordinarios y propios de los déspotas romanos: la naturaleza le había dado cierta afición á la poesía, al arte, lo que por impotencia de alcanzar el arte mismo, lo hará envidioso de los artistas y poetas, y luego cruel con los que puedan merecer bien y ganar el ramo de oro. Vamos pues á ver ante nosotros un tirano vanidoso y grotesco, sórdidamente libertino, que no legará á la historia ni un pensamiento ni un acto meritorio que pueda velar algo de sus cínicas infamias.

Y con todo eso no habían faltado á Nerón los maestros más famosos; pero la educación no se da solamente con libros, con preceptos: valen más que todo los buenos ejemplos. Por eso, los consejos de Séneca y de Burro fueron menos eficaces que la enseñanza práctica de una corte licenciosa y sanguinaria: Nerón fué lo que lo hicieron las costumbres de Roma, la índole que heredó de su raza y sobre todo el poder absoluto. La púrpura que sus tres predecesores habían teñido en la sangre de tantas víctimas, estaba impregnada, como la túnica de Hércules, de mortífero veneno, é inoculaba la crueldad que hacía, primero un verdugo y después una víctima, del imprudente bastante temerario que se atrevía á ceñirla, sin ser capaz de defenderse contra el virus ponzoñoso.

Fuera de esto, Nerón no era tampoco discípulo de un sabio: Séneca, á quien Burro dejaba la dirección de esta educación imperial, menos merece el título de filósofo que se le da que el sobrenombre de su padre llamado el *retórico*. Este hacía declamación á propósito de lugares comunes, y su hijo hacía retórica á propósito de filosofía. Era filósofo, como Lucano poeta, como Plinio orador, como historiador Tácito: todos ellos declamaban; pero sólo el último con genio.

Séneca es un nuevo ejemplo de las tendencias prácticas del genio romano: elegante y hábil ordenador de palabras, pasó por todas las escuelas sin detenerse en ninguna, bien que la de Cenón mereciera sus preferencias literarias. De

paso hubo de recoger esas verdades morales que constituyen el fondo común de la humanidad, y que, buscando bien, se encuentran, en proporciones diferentes, por debajo de todos los sistemas que han durado. «No es más que arena sin cemento,» decía Calígula de sus escritos; pero en esta arena brillaban pajitas de oro.

Así, pues, ha venido á ser, como Cicerón, uno de los maestros de la juventud: en tiempo de Quintiliano, que lo juzga con severidad, y sin embargo con justicia, sus libros estaban en todas las escuelas. Hay, empero, entre los dos filósofos la diferencia de que el estilo del uno, lleno de afectación y sutilezas, está cargado de una exornación, que no es ya el gran arte de escribir, mientras la dicción del otro es el modelo de la elegancia latina. En Cicerón todo es sencillo y viene sin esfuerzo: es ingenio y del mejor, con cierto calor penetrante en que se reconoce al hombre excelente y al buen ciudadano; en Séneca se siente demasiado el trabajo del retórico, que dispone friamente una obra, donde se encuentra más arte que convicción, menos fuerza de ingenio que de talento en buen decir. En aquella época, en que se jugaba con todo hasta con la vida, y en que las letras venían á ser, como en nuestros tiempos, un oficio, Séneca fué hasta su última hora un actor consumado: su papel fué el de un hombre virtuoso, su tema la filosofía moral. Se le ha llamado un director de conciencia; quiso en efecto serlo, á condición de que se le dispensara de dirigir la suya, y puso á un lado sus máximas y á otro su conducta. «En sus libros, dice un antiguo historiador (2), condenaba la tiranía, y sin embargo fué maestro de un tirano; los cortesanos y no salía de la corte, la lisonja y nadie aduló más bajamente.» Encomiaba la pobreza en medio de inmensas riquezas; las honestas costumbres, y al decir de Dion, no valía más que sus contemporáneos; una vida sencilla en jardines que competían con los del mismo emperador y en casas de campo, en *villas* que rebosaban de todos los refinamientos de la elegancia romana.

«Quisiera yo saber, decía en pleno senado un antiguo procónsul en tiempo del mayor prestigio de Séneca, quisiera yo saber por qué procedimiento filosófico ha reunido Séneca en cuatro años trescientos millones de sestercios.»

Para acabar como había vivido, murió con énfasis. A pesar de su tratado de la Providencia y de sus elogios del suicidio á la manera de Catón, tenía mucho apego á la vida para anticiparse á Nerón; pero llegado que hubo el mensajero de muerte, hizo libaciones á Júpiter Libertador, declamó sus más brillantes máximas y por celos acaso animó á la hermosa Paulina, su mujer, á morir con él.

Estas palabras parecerán severas, pero sabido es lo que con demasiada frecuencia valen para la acción, para la conducta enérgica y prudente de los negocios de Estado esos brillantes ingenios, cuyos cadenciosos períodos no hubieran debido resonar nunca fuera del pretorio ó de la cátedra de Quintiliano.

En otro lugar haremos justicia al escritor que respondió mejor á las necesidades de aquellos pavorosos tiempos con su filosofía de la muerte (3). Aquí sólo buscamos al hombre bajo el supuesto sabio que Agripina había dado por

(2) Dion, que es muy severo con él, lo acusa de haber causado en gran parte la sublevación de la Bretaña con sus exorbitantes usuras en préstamos que importaban diez millones de dracmas. El mismo Séneca confiesa que se dedicaba á negocios de comercio hasta en Egipto (*Epist.* 77; *de Vita beata*, 17).

(3) Garat, que se puso á leer de nuevo á Séneca en tiempo del Terror, dice: «No nos quedaba ya entonces más que una cosa que aprender, á morir.» Es casi toda la filosofía de Séneca. Havet, *le Christianisme et ses origines*, tom. II, p. 256.

(1) Nació en Anco el 15 de diciembre del 37: era miope y usaba un lente hecho de una esmeralda labrada (*Plin. Hist. nat.* XXXVII, 64). El cognomen de la gente Claudia, *Nero*, era una antigua palabra sabina, que significaba bravo y audaz, *fortis et strenuus* (Suetonio, *Tiber.* 1).